

Antonio Pereira

Poeta, empresario y degustador de cocidos benedictinos

Ángel M. Fidalgo

Foto: Norberto

El entonces obispo de Astorga, Antonio Senso Lázaro, le echó el ojo para el Seminario, porque, la verdad, como monaguillo no lo hacía nada mal, pero él, Antonio Pereira prefirió orientar sus vocaciones y sus aficiones por la creación literaria, aunque compatibilizando este oficio de dudosas rentabilidades, con el de comerciante, de más seguros rendimientos. Esta forma de pluriempleo es infrecuente aunque no excepcional como lo demuestran los casos del argentino Bioy Casares, el italiano Svevo, el catalán Foix o nuestro benemérito Premio Nobel, Vicente Aleixandre que estudió Comercio y llegó a publicar sin ningún recato, algo tan poco poético como un libro sobre el derecho patrimonial del comerciante y la propiedad urbana.

«El no ser escritor de dedicación plena me ha causado algunas limitaciones, pero también me ha dado independencia. Hace veinticinco o treinta años yo debía de ser un poeta algo atípico. Me dieron en Avilés la flor natural y yo les dije a los del Ayuntamiento que llegaría en mi coche a media tarde. El periódico local salió informando en primera plana: el poeta premiado llegará en automóvil de su propiedad. Esto del coche también le causaba admiración al gran Ramón Otero Pedrayo que un día me dijo: Usted, Pereira, debe ser un poeta acomodado. El coche era un pequeño Renault, un 4-4, que tenía el seis mil y pico de las matrículas de León».

SAN ANTONIO Y PRIMO DE RIVERA

Según tiene escrito él mismo, los poetas nacen en feligresías apartadas. Antonio Pereira nació en Villafranca del Bierzo, que es una feligresía apartada, aunque debidamente dotada de iglesias, -llegó a tener catorce-, el año en que empezó la dictadura de Primo de Rivera (1923) y el día de San Antonio (13 de junio), perturbando los planes de venta de la ferretería paterna que ese día eran, precisamente, muy optimistas, por la celebración de la gran feria anual de Villafranca, que

convocaba, entre otros, a numerosos clientes del establecimiento.

Sus únicos estudios fueron los correspondientes al Bachillerato (luego se convirtió en un brillante autodidacta, como rezan las antologías). Los realizó en Villafranca, en el colegio del cura don Manolo, situado enfrente de la casa de Gil y Carrasco. Este cura, que en un alarde multidisciplinar explicaba todas las asignaturas, excepto la de francés, competencia de su hermana Olvido, influyó mucho en el descubrimiento de su vocación literaria. Curiosamente, el uso prematuro de gafas, prótesis que ya entonces no gozaba del fervor popular, sobre todo, entre la población femenina, también fue un factor importante en esa inclinación de Antonio Pereira hacia el recogimiento, la reflexión, hacia el cultivo de los sentimientos y, en definitiva, hacia la literatura.



«El mundo de los miopes ha sido estudiado por los oculistas y por los psicólogos que han demostrado que a unos les da por el cultivo de aficiones tales como la numismática o la filatelia y a otros, como es mi caso, por la lectura y la escritura».

Publicó sus primeros versos y sus primeras prosas cuando usaba todavía pantalón corto, precocidad ésta de la que tampoco le gusta presumir, porque opina, como los clásicos, «Que cada cosa a su tiempo y los nabos en Adviento».

Filemón de la Cuesta, director del DIARIO DE LEON le escribió una carta, después del envío de su primera colaboración, en la que le daba la enhorabuena «a un valiente como usted que a los trece años se atreve a lanzarse a la palestra del periodismo», aunque desestimaba su demanda más apremiante: el envío, «a vuelta de correo» del carnet de periodista. «Ya ve usted -le desilusionaba don Filemón- yo llevo bastantes años en el periodismo, dirijo un diario y nadie me ha dado nunca carnet de ninguna clase».

Pero esta carencia del documento acreditativo de su precoz condición de valiente periodista no minó su moral ni sus aspiraciones, entre otras cosas, porque contaba con el apoyo de su padre y la generosidad de su tío que tenía una librería en la que nunca se le restringió el uso -ni siquiera el abuso- de sus existencias.

«Mi padre, aunque no tenía una gran formación, siempre acepto mi vocación, porque tenía un gran gusto por lo literario. Recuerdo que por aquellos años yo

recibía cartas de personajes importantes de la literatura como Jorge Guillén o Vicente Aleixandre. Él se alegraba, pero siempre me preguntaba por qué no me escribía con Pemán, que para él era como el indicador más fiable de mi éxito. Siento de veras que mi padre muriera sin que yo pudiera darle esa satisfacción, aunque una vez salí retratado en el ABC y eso le reconfortó mucho, lo mismo que cuando leyó un artículo sobre mí en L'Observatore Romano».

«LIGUES» PALENTINOS

Antonio Pereira se casó con una andaluza de Jaén, tierra de aceituneros altivos. Y ésta es una decisión curiosa porque donde él iba a enrollarse, que diría un moderno, era a Palencia, con el fin de eludir la competencia feroz que existía en la parcela amorosa, en León. «A mí me gustaba mucho el ambiente de Palencia por su calle mayor y por sus soportales. Pero también me gustaba porque, en aquellos tiempos, Palencia era una ciudad que todavía ofrecía alguna posibilidad para un rapaz como yo, no demasiado apuesto y sin un gran porvenir.

En León, por el contrario, la competencia era feroz; estaban los estudiantes de veterinaria, que tenían un buen cartel entre las chicas y estaban los alumnos de la Escuela de Aviación, que también tenían mucho éxito. Ante este panorama la única salida era Palencia, donde, incluso, ya había sido disuelto el batallón ciclista que era el único que existía en la plaza».

En cualquier caso, nunca fue un hombre de amores tormentosos. Como en el autorretrato machadiano, ni un seductor Mañara ni un Bradomín he sido y amé cuanto ellas pueden tener de hospitalario. «Protectoras, hospitalarias, un poco maternas, eso les gusta mucho a las mujeres, en mi tiempo al menos era una buena táctica para conquistarlas».

Antonio Pereira vive en el cuarto piso de una casa situada en el Paseo de Papalaguinda. Pero su habitación de trabajo no da al paseo sino a un patio de luces; es una habitación interior, «como tus retratos». En ella hay cuadros, libros, cartas y recuerdos. Una pequeña placa de porcelana, con la leyenda publicitaria de «navajas, cuchillos, tijeras, cubiertos de calidad inmejorable y garantizada», último recuerdo de la ferretería de su padre. También llama atención una pequeña mesa-camilla cuadrada y él aclara que se trata de una camilla unamuniana antes de memorizar el peor momento su vida.

«De todo hubo, de todo. Lo peor que me hizo la vida hace unos años, que amenazó con abandonarme. Cuando pregunté a los médicos si me quedaría bastante fuelle, el cirujano me dijo que no me veía picando en una mina, pero que hombre,

para un oficio como el de poeta lírico.... Y en esas estamos

Los escritores, sobre todo aspiran a algún tipo de prebenda, cargo o arropamiento oficial suelen incluir en su curriculum persecuciones, encarcelamientos o censuras. A Antonio Pereira sólo le han censurado algunos versos, pero no se siente frustrado porque no a ninguna bendición de la oficialidad reinante y porque, a la política sólo le interesa como votante cuatrienal. «La política me interesa, cómo no, pero solo como ciudadano que reflexiona y vota. La política activa es una prestación generosa; pero a veces tiene uno la impresión que los políticos se ocupan desproporcionadamente en lo que es un medio (el partido, las dimisiones, los fichajes y la electorales), con detrimento del fin, que son los asuntos del bienestar general».

BORGES Y LOS VIAJES

A Antonio Pereira le gusta todo aquello que se puede hacer con serenidad; le gusta pasear, vivir una ciudad y comer. Se considera un gastrónomo menestral; prefiere alubias estofadas a una ración de ostras. También disfruta con un cocido, sobre todo si éste es servido en ese convento de benedictinas, situado cerca de Sahagún. Los viajes también le atraen; conoce más de cincuenta países.

«En los viajes se conocen tierras, pero también se conocen gentes. Muchas veces, gente de la literatura. En Francia, en Portugal... Las horas que pasé con Borges en su casa de Buenos Aires o paseando por la Florida, me han parecido el mayor regalo de un viaje mío a la Argentina. En París viví una experiencia aventurera, en el mato, en casa de Ledo Ivo que es un novelista y poeta de campanillas. Y en la Habana con escritores de la Revolución. Y en Puerto Rico, donde dejó una honda huella el astorgano Ricardo Gullón y no hay tertulia donde no se le recuerde... Pero tampoco es que haya que marcharse tan lejos».